

Víctor Polay Campos. Revolución en Los Andes. Un balance del MRTA. Bogotá: Icono Editorial, 2020, 262 páginas.

Angélica Cruz-Triana¹ 

¹ Historiadora, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Estudiante Maestría de Estudios Latinoamericanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador. Correo: macruz@unal.edu.co

Recibido: 27 de julio de 2023 - Aceptado: 5 de septiembre de 2023

ISSN 2027-552



“Yo creo que, en un caso de un golpe de cualquier naturaleza, el pueblo tiene derecho de apelar a la insurgencia y a la resistencia civil para hacer respetar la voluntad popular” (Polay, 2020, p. 238).

En 2020, la editorial Icono se interesó en el testimonio de Víctor Polay Campos, el actual preso político más antiguo en América Latina —guerrillero y antiguo comandante general del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) de Perú—. Polay escribió este relato desde su reclusión en la Base Naval del Callao, Lima, entre abril de 2012 y marzo de 2013. Así, en doce capítulos, presenta de manera cronológica su autobiografía y trayectoria vital, reflexiones sobre Perú, Latinoamérica, el movimiento armado y las implicaciones de la acción ejercida por el MRTA en los años 80 y 90.

Inicialmente, intervienen en la presentación de la obra con su saludo: Darío Villamizar, investigador, analista político y embajador de Colombia en República Dominicana, quien resalta el antagonismo entre rebelde y terrorista que ha suscitado la figura de Polay; por su parte, Pepe Mujica, expresidente de Uruguay, líder tupamaro y expreso político, extiende un saludo solidario de resistencia, donde subraya a la paz como medio y fin de las luchas contemporáneas. A su vez, Manuel Cabieses Donoso, periodista y exmilitante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile, sitúa el documento como autocrítico y detallado; por último, el prólogo del historiador Antonio Zapata reflexiona sobre el nacionalismo, socialismo y antiimperialismo del MRTA, cuestionando las contradicciones internas en dicho proyecto armado.

Víctor Polay Campos nació el 6 de abril de 1951 en una familia simpatizante de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA); su padre, también preso por móviles políticos en los años 40, lo influenció en ideas socialistas y nacionalista. Conoció tempranamente la obra de Carlos Mariátegui, José María Arguedas, Hugo Blanco y Luis de la Puente. Seguidamente, en sus años de formación, además de experiencias como monaguillo y *scout*, apoyó el golpe de Juan Velasco Alvarado (1968) y participó activamente del movimiento estudiantil universitario; ello llevó a su persecución y primeras detenciones, razón que motivó su salida hacia Europa en 1972. En España, cursó Sociología en la Universidad Complutense de

Cómo citar: Cruz-Triana, A. (2023). Víctor Polay Campos. Revolución en Los Andes. Un balance del MRTA. Cambios y Permanencias, 14 (2), pp. 199-202. DOI: <https://doi.org/10.18273/cyp.v14n2-202312>

Madrid, y, posteriormente, en Francia, estudió Economía Política en París VIII. También en Europa, abrió el espectro de las relaciones transnacionales, coincidió con latinoamericanos exiliados y fue secretario de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos en Francia (AELAF). En 1975, Polay se incorporó en el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de Argentina, a nombre del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Perú y su línea MIR-El militante (Polay, 2020, p. 62).

La generación de Víctor Polay asistió así a un período de radicalización de sectores de la clase media e intelectuales, que influenciados por el coletazo del triunfo sandinista en Nicaragua (1979), adoptaron la vía armada como opción para reivindicar al movimiento popular. En consecuencia, cuando regresó a Perú a principios de los 80, Polay participó en las discusiones fundacionales del MRTA, Organización Político Militar (OPM) que legitimó la lucha subversiva como respuesta al panorama de represión, violación de DD. HH. y adopción del modelo neoliberal. Su programa político, heredero de la lucha histórica de Micaela Bastidas y Túpac Amaru, fue de carácter nacionalista, antiimperialista, socialista y cristiano, basado en planteamientos de Ernesto “Che” Guevara y Mao Zedong.

Así, en marzo de 1982, se dio a conocer en Lima el MRTA, con repertorios de acción urbana que iban desde tomas e interferencias a medios de comunicación, ataques a edificios gubernamentales e instalaciones de las FF. AA., incluidas retenciones con fines políticos y secuestros económicos. También hubo actividades de propaganda armada, recuperaciones de alimentos y suministros, entre otros. En adelante, el MRTA continuó su proceso de acumulación de fuerzas, trabajo de masas y despliegue de la lucha rural, que inició con la creación del Frente de Cusco. Mientras tanto, creció la capacidad operativa rural del Ejército Popular Tupacamarista (EPT).

En paralelo, dirigentes de América Latina confluyeron en repetidas oportunidades entre 1979 y 1982 en Libia, para conocer de cerca el proyecto de Muamar Gadafi. Allí, Polay tejió relaciones con sectores juveniles de Perú, Bolivia, Chile, Ecuador y Colombia; además, se vinculó a la experiencia unitaria de la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR) del cono sur (Polay, 2020, p. 136). De igual forma, hubo contactos y relación con Cuba, el Departamento América y Manuel Piñeiro, e intercambios cordiales con la experiencia sandinista. Durante los mismos años, fue significativa la relación con el M-19 y sus líderes, más aún tras la participación de peruanos en las llamadas guerrillas móviles en el Putumayo, que dieron paso a la creación del Frente Sur del M-19. Estas organizaciones coincidieron en su hermandad bolivariana y andina. Años más tarde, el esfuerzo se materializó en el Batallón América, junto al Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL) y ¡Alfaro Vive Carajo! (AVC) de Ecuador, iniciativa guerrillera internacionalista con sede en Colombia, que buscó a principios de 1986 la toma de Cali, a través de la “Campaña Paso de Vencedores”.

De vuelta a Perú, a mediados de los 80, se vivió un período de tregua, que terminó luego de que el gobierno de Alan García se viera relacionado con la superinflación, la guerra sucia, el terrorismo de Estado y la violación de DD. HH. A ello se sumó la acción radical de Sendero Luminoso, quienes para Polay no comprendieron que “la lucha armada no era un fin en sí mismo; [sino que] debía servir de palanca para hacer avanzar al pueblo organizado en sus objetivos tácticos y estratégicos” (p. 110). Entre tanto, el gobierno peruano persiguió, apresó y desapareció simpatizantes y militantes del MRTA, fenómeno que fracturó prematuramente a la organización, que priorizó en su agenda la libertad de los presos políticos, que para mediados de los 90 sumaba más de 400.

En consonancia, Polay describe el episodio de la fuga del penal de Canto Grande (1990), donde ingenieros, mineros y combatientes participaron en la construcción de un túnel de 333 metros, que liberó 47 presos del MRTA; entre ellos a Polay, preso desde 1989. Los años siguientes, mientras la militancia transitó un período de repliegue, Víctor Polay continuó su actividad clandestina, adelantando trabajo internacional diplomático. Sin embargo, en junio de 1992, Polay fue recapturado, luego hubo interrogatorios que insistían en conocer sus planes y vínculos. Recibió propuestas para colaborar con información al gobierno de Alberto Fujimori, las cuales fueron rechazadas. Juzgado como civil, el comandante del MRTA fue condenado en condiciones especiales bajo el amparo del “Decreto Supremo 024”¹. Su reclusión de décadas se ha

¹ Se detuvo en circunstancias similares a Abimael Guzmán y Vladimiro Montesinos (Polay, 2020, p. 156).

desarrollado en penales militares, en condiciones de aislamiento extendido. A lo que resiste desde 1994 con huelgas de hambre protagonizadas por Lucero Cumpa, Miguel Rincón, Peter Cárdenas y Víctor Polay, líderes presos del MRTA.

Sobre la toma de la embajada de Japón en Lima (1996), Polay advierte que su conocimiento al respecto es parcial y fragmentado. Esta acción buscó, una vez más, la libertad de los presos políticos a través de la captura de rehenes; reconoce que este mecanismo de presión fue ampliamente utilizado en la región. La acción “Operativo Óscar Torres Condezo”, comandada por Néstor Cerpa Cartolini, sufrió un desgaste, tras la prolongación de la toma por más de cuatro meses. Entre tanto, Fujimori mostró por un lado una posición negociadora que involucró a la Iglesia, República Dominicana y Cuba; mientras, por otro, adelantaba la construcción de un túnel para la retoma del edificio a cargo de la unidad “Chavín de Huántar”, hecho que tuvo lugar en abril de 1997, con el desenlace de todo el comando del MRTA asesinado.

Con el nuevo milenio, Víctor Polay participó en el esfuerzo de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), que concluyó la responsabilidad del MRTA en el 1,7 % de las víctimas fatales que causó el conflicto armado peruano en los años 80 y 90 (Polay, 2020, p. 182). Durante la coyuntura, Polay cuestionó la ausencia de iniciativas y prácticas de reconciliación, además del débil acompañamiento a las recomendaciones en años recientes. Asimismo, su crítica insiste en el relato minimizado del MRTA y la versión predominante de Alberto Gálvez, quien representó sectores del MIR-Voz Rebelde y protagonizó momentos de discusión, que enfrentó la línea política y militar dentro del MRTA.

Desde la perspectiva de Polay, el declive de la organización se situó entre 1992 y 1993, con el denominado “mega juicio del MRTA” que fragmentó a la dirección del movimiento, dejando a las bases sin dirección y sin redes de solidaridad para el repliegue a escenarios de retaguardia buscando protección y fortalecimiento. Como antecedente, la masacre ocurrida en Molinos, Junín, el 28 de abril de 1989², fracturó a la organización tras la pérdida de un número importante de combatientes. En sus palabras, “el conflicto armado terminó después de la retoma de la casa del embajador japonés. [Por lo cual la] decisión es reincorporarnos a la sociedad, dentro de los marcos de la democracia y de las leyes” (p. 244).

En retrospectiva, para Polay, el análisis de la insurgencia no puede ser anacrónico y debe incluir el sentir de la generación que adoptó la contracultura de la época, manifiesta en expresiones como la Constitución de 1979 de Haya de la Torre, donde se proclamó el derecho constitucional a la insurgencia y el estado de rebelión; así, la acción del MRTA fue siempre legítima (p. 156). Queda entonces el ejercicio de memoria del comandante, que caracteriza al MRTA como un movimiento de masas en “búsqueda de la identidad nacional y la transformación social” (p. 211), cuya elección por la vía armada fue siempre un medio y no un fin. Allí coincidió un proyecto de valores colectivos en torno al socialismo, la soberanía y autodeterminación. Pese a ello, el balance de sus desaciertos es multifactorial, recae en la coyuntura tardía en la que emergen la débil transición de lo ideológico a lo político, la maduración lenta de la discusión sobre la OPM, las prácticas de justicia revolucionaria en que recayeron, además de las acusaciones de sentimientos homofóbicos, prácticas sectarias, entre otros. También, el imaginario colectivo y apoyo civil se deterioró, más aún tras la utilización de coches bomba en acciones urbanas.

En sus reflexiones finales, Polay vuelve a temas sobre Perú, la deuda externa, las demandas del Fondo Monetario Internacional (FMI), el ascenso del terrorismo de Estado y la ausencia de un proyecto democrático verdadero, que ha perpetuado a gobiernos centralistas con privilegios históricos. Sobre Sendero Luminoso, cuestiona el culto a la personalidad hacia el “presidente Gonzalo”, que, sumado a las masacres, asesinatos selectivos y nulo balance autocrítico, dan cuenta de “una deformación extrema de las ideas de izquierda” (p. 213). Durante la contingencia por covid-19, Abimael Guzmán, líder de Sendero Luminoso y compañero de reclusión de Polay en la Base Naval del Callao, falleció en 2021.

Por su parte, Víctor Polay cumple ya más de tres décadas preso, en una sentencia que, según declaraciones recientes del Instituto Nacional Penitenciario, terminará en 2026. En 2013, año en que el

² Caso de ejecución extrajudicial, en donde fueron asesinados 67 combatientes del Frente Central del MRTA (Polay, 2020, pp. 106-107).

autor terminó estas líneas, Otilia Campos de Polay, madre y activista por la libertad de Víctor, fue asesinada; el crimen aún continúa impune. A finales de 2020, la publicación de esta obra motivó una versión en línea de Editorial Subversión, relacionada con la organización revolucionaria de Ecuador, denominada “Movimiento Guevarista Tierra y Libertad”; este hecho generó polémica en estos países andinos, pues se cuestiona si hay en ello apología a la vía armada. No obstante, las líneas de resistencia que entrega Polay son la denuncia viva sobre las condiciones de reclusión de los presos políticos en América Latina y el resto del mundo.

Referencias bibliográficas

Polay Campos, V. (2020). *Revolución en Los Andes. Un balance del MRTA*. Icono Editorial.